

# Históricas Digital

“De las ‘vacas jorobadas’ a los ‘cíbolos’ ya muy conocidos”

p. 35-46

*El bisonte de América*

*Historia, polémica y leyenda*

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2013

224 p.,

Mapas e ilustraciones

(Serie Historia General 28)

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/602/bisonte-america.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## 2. DE LAS “VACAS JEROBADAS” A LOS “CÍBOLOS” YA MUY CONOCIDOS

### *Manadas innumerables*

En la obra *Veintiún libros rituales y Monarquía Indiana* del franciscano Juan de Torquemada, publicada en Sevilla en 1615, su autor tuvo que referirse a los viajes de reconocimiento y de conquista de La Florida y Nuevo México, ocurridos entre 1530 y 1541, y de forma obligada nombrar a las “vacas” que, sobre todo Vázquez de Coronado y sus hombres, hallaron “en mucha cantidad” en los llanos de “Cíbola, Tiguex y Quivira”. Repitió una vez más lo que decían todos los que habían probado la carne de las “vacas de Cíbola”, esto es, que era más sabrosa; que su buen sebo se comía crudo a bocado, y que la manteca era “cosa muy delicada y de lindo sabor”. También dijo que eran diferentes de las vacas de Castilla, que andaban en “grandes y populosas compañías” y que solían pasar de “más de cuatro mil per onas”. Dio cuenta, asimismo, de la introducción en aquellas tierras del ganado mayor y menor que rápida y eficazmente inició su reproducción, rodeado siempre por los innumerables hatos de “ganado ciboleño”.<sup>1</sup>

La referencia a la gran abundancia de “vacas” continuó intacta en las crónicas del siglo XVII. A ese asunto se refirió también el franciscano Jerónimo de Zárate Salmerón, nacido en el sur de Veracruz, quien fue enviado a Nuevo México, a donde llegó por el año de 1620 a misionar entre los jemez y los keres. Un hecho importante es que, para referirse a los bisontes, los llamó sencillamente “cíbolos”,<sup>2</sup> voz

<sup>1</sup> Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, México, UNAM, 1975, t. II, p. 364 y 457; t. IV, p. 46 y 251; t. VI, p. 85.

<sup>2</sup> Real Academia de la Historia, Madrid, Manuscrito 9/4858, Jerónimo de Zárate Salmerón, *Relaciones de todas las cosas que en el Nuevo México se han visto y sabido así por mar como por tierra desde el año 1538 hasta el de 1626, por el padre Jerónimo de Zárate Salmerón, predicador de la orden de los menores de la provincia del Santo Evangelio: dirigidas a nuestro reverendísimo padre fray Francisco de Apodaca, padre de la provincia de Cantabria y comisario general de todas las de esta Nueva España*, 1629.

que seguramente ya era común entre los hispanos que deambulaban por aquellos rumbos, los que asociaron al generoso animal con las esperadas ciudades de oro.



Con respecto a las ganaderías de españoles en las tierras descubiertas, el “custodio de las provincias y conversiones de Nuevo México”, fray Alonso de Benavides, contó, ya cercano el año de 1630, que por allá había propagado mucho el que llamó “nuestro ganado”, llevado desde la Nueva España, “que antes –subrayó– no lo había”. También se refirió a la provincia de los “Apaches vaqueros” que se sustentaban de las “vacas que dicen de Síbola”, animales que percibió muy semejantes a las vacas castellanas en cuanto a grandeza, “aunque muy diferentes en la forma”. Si bien las nombró “vacas”, al describirlas se refirió a ellas en masculino.

Entre los españoles que estuvieron en contacto con los bisontes, hubo un lenguaje y un imaginario común para referirse a los “ganados ciboleños”. Lo podemos comprobar en este escrito de Benavides, en el que observó, igual que lo hicieran otros en su tiempo, que esos animales no bramaban, sino que “gruñían como puercos”. Describió su pelo como “crespo” y lo comparó con el “vellón” más fino. También se refirió a su número, diciendo que era tanto y tan dilatado que “corría de la mar del sur hasta la mar del norte”, y sentenció que ese “ganado” era suficiente para hacer a un príncipe muy poderoso o si lo pudiera tener o sacar a otras partes, aunque estaba seguro de que no era domesticable.<sup>3</sup>

Otro negocio, sugerido por el mismo Benavides, era que al ser tantas las cabezas y al mudar de pelo todos los años se podía beneficiar la lana que se quedaba por los campos entre los árboles o en algunas quebradas. En términos generales le parecía que era un “ganado feroz” y muy rápido, aunque apuntó que a sus ojos era

<sup>3</sup> Alonso de Benavides, *Memorial que fray Juan de Santander de la Orden de San Francisco, comisario general de Indias, presenta a la Majestad Católica del rey Felipe IV, nuestro señor, hecho por el padre fray Alonso de Benavides, comisario del Santo Oficio y custodio que ha sido de las provincias y conversiones del Nuevo México*, Con licencia, Madrid, Imprenta Real, 1630, reimpresso en México, Museo Nacional, 1899, p. 32 y 43-45.

“triste”, porque sintiéndose herido a los pocos pasos se dejaba caer. Comentó, asombrado, que aunque se mataba tanto ganado, “no sólo no va a menos, sino que cada día es más, porque espesa los campos y parece inacabable”.<sup>4</sup>

*El fabuloso e impreciso Septentrión y sus apreciadas “vacas”*

Al geógrafo flamenco Johannes de Laët le costaba trabajo aceptar que California no era una “ínsula”, a pesar de que había conocido evidencias de lo contrario.<sup>5</sup> Escribió una *Historia del Nuevo Mundo*, que fue publicada primero en holandés en 1625 y 1630, luego en latín en 1633, y finalmente en francés en 1640. Desde la primera edición, agregó una interesante cartografía y muchos dibujos que él mismo fue mejorando conforme se siguió imprimiendo su libro. Atraído, como todos los de su tiempo, por las nuevas conquistas, sobre todo las de las ciudades míticas, se refirió a Cíbola y a Quivira como provincias independientes de las que, sin embargo, no tenía muy clara su ubicación geográfica, situándolas eso sí entre California y Nuevo México y subrayando que las cuatro provincias “estaban en el Continente”.<sup>6</sup> En cuanto a la manera de nombrar a los bisontes Johannes de Laët primero se refirió a ellos como “bueyes”, luego como “vacas jorobadas” (en relación con los “Apaches vaqueros” que se sustentaban con ellas) y, por último, como “toros de Cíbola”, al reseñar los pormenores de la conquista de Nuevo México a cargo de las huestes del criollo Juan de Oñate.



En 1648 aparecía en Londres la crónica del clérigo inglés Thomas Gage quien, cuando todavía era dominico, había viajado entre

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 47-48.

<sup>5</sup> Johannes de Laët, *Historia del Nuevo Mundo*, traducción de la edición francesa por Marisa Vannini, Caracas, Venezuela, Universidad Simón Bolívar-Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1988, p. 462. Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, en donde incorporo la imagen de la “vaca jorobada” que ofreció Laët en una de sus ediciones.

<sup>6</sup> Johannes de Laët, *Historia del Nuevo Mundo*, p. 448.

1625 y 1637 por algunas regiones del centro y sur de México y otras de Centroamérica, de la que dejó por escrito una muy personal impresión. Aunque no estuvo en el norte de la Nueva España se refirió a él en varias ocasiones, apoyado en lo que habrían dicho otros cronistas y, por supuesto, describió a la fabulosa Quivira. Comparó las costumbres de los habitantes de ésta con las de los tártaros y en general al clima y pastos de la región con la de Tartaria, de donde creía que provenían los pobladores de América, seguramente teniendo como fuente para decir esto la obra de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. No dejó de decir tampoco que la principal riqueza de Quivira era su “ganado”, usando a continuación una de las comparaciones más sugestivas entre todas la que se dieron por entonces. Dijo que para los habitantes de aquellas tierras, su “ganado” era “como decimos nosotros de la cerveza para los borrachos: carne, bebida, ropa y más también”.<sup>7</sup>



Hacia 1645, se había vuelto común que viajeros, cronistas y misioneros los llamaran “cíbolos” o “cíbolas” y que, además, se señalara, como lo hizo el jesuita andaluz Andrés Pérez de Ribas, que “las cíbolas, eran animales ya muy conocidos”. Estando él en la misión del río Mayo en Sinaloa, preguntaba en uno y otro pueblo noticia “sobre el nuevo México”, del que, dijo, no le mencionaban a ningún español, pero sí a “las vacas de Cíbola y a otras grandes poblaciones”.<sup>8</sup>

*Ni parecidos a los leones, ni grandes negocios con su lana*

Una de las crónicas más originales de ese siglo XVII, con respecto a los bisontes, es la del franciscano, nacido en Guadalajara, fray Antonio Tello, guardián de los conventos franciscanos de Zacoalco,

<sup>7</sup> Thomas Gage, *El inglés americano: sus trabajos por mar y tierra o un nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, México, Fideicomiso Teixidor-Libros del Umbral, 2001, p. 193-4.

<sup>8</sup> Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fee, entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo Orbe*, México, Siglo XXI [edición facsimilar de la de 1730], 1992, p. 27 y 241. Pérez de Ribas escribió su historia en 1645.

Amatlán, Tecolotlán y Cocula, que tenía cerca de 86 años –hacia 1653– cuando terminó de redactar su manuscrito. Tello escribió una historia militar, civil y religiosa de Nueva Galicia, de Nueva Vizcaya y sobre el descubrimiento de Nuevo México.<sup>9</sup> El haber nacido cerca de 1548 y escribir su crónica ya tan mayor le permitió, además, conocer a muchos sobrevivientes de los hechos de su interés. El caso es que se refirió largamente a las que llamó con mucha singularidad “vacas bravas campesinas”, en su capítulo relativo a la “jornada que hizo Francisco Vázquez de Coronado al Zíbola”, cuando corría el año de 1541. Creía Tello que era muy digno de admirar el que Dios hubiera creado a ese “ganado”, al que le dio todos aquellos llanos en los que se había aquerenciado. Lo más asombroso, para él, eran tres cosas: que nadie hubiera ocupado esas tierras; que los animales estuvieran en ellas desde tiempo inmemorial; y que las manadas no se “desparramaran” hacia otras regiones del suelo americano.<sup>10</sup>

Describió a las “vacas” cubiertas por una lana pequeña, “más fina que la merina”, con la que, según él, se podían hacer paños “subidos y de estima”. El padre Tello no estaba de acuerdo con Gómara y con los que a partir de él afirmaban que la larga lana de la cabeza les daba un parecido con los leones. Para nuestro franciscano, los grandes “bedejones” de las “vacas”, no eran tan delgados, ni tenían la forma usual en esos felinos. Además, mucho más realista que los que fantaseaban enormes ganancias con la explotación de su lana, afirmó que ésta era “tan menuda” que no se podría sacar mucha de una “vaca”, en el caso de que hubiera “alguna industria para aprovecharse de ella”.<sup>11</sup>

### *Los “cíbolos” en las tierras “empastadas” de Texas*

Varias expediciones partieron, hacia 1674, de “Coaguila”, en Nueva Extremadura, para servir a Su Majestad. Tenían por objeto el po-

<sup>9</sup> John van Horne, “Fray Antonio Tello, Historian”, *Hispania*, v. 19, n. 2, mayo de 1936, p. 191, 196 y 197.

<sup>10</sup> Fray Antonio Tello, *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México, compuesta por...* Guadalajara, Imprenta de la República Literaria de Ciro L. de Guevara, Cia., 1891, p. 429-431.

<sup>11</sup> *Ibid.*

blamiento de la región y la pacificación de los indios de esa provincia y de los de la región un poco más allá del río Grande. Lograron, al final, establecer cuatro misiones en Coahuila, que servirían para evangelizar y controlar a los indios cercanos al norte y al sur del vasto afluente. Un año después, el lugarteniente y alférez real Fernando del Bosque escribió un diario con sus experiencias en el que, irremediamente, son descritos los cíbolos, que toparon abundantes, una vez que yendo hacia el norte cruzaron dicho afluente. En territorio texano, en medio de un pai aje de montes de encinos y mezquites, encontraron los expedicionarios una tierra “muy empastada”, con “muchos ganados de síbulo”.

Al igual que todos los expedicionarios en el septentrión del “nuevo mundo”, Del Bosque y sus hombres se alimentaron con esos animales, a los que él tampoco dejó de describir. En su relato, está presente la constante inquietud de algunos europeos frente al disfrute de una carne “muy sabrosa” que, sin embargo, provenía de animales de “forma muy fea”.<sup>12</sup> Con detalle, explicó en que consistía para él la fealdad. Se refirió a su “pellejo lanudo”; a ser muy altos de agujas que los hacen parecer, dijo, muy “corcovados”; a su pescuezo muy corto; a su “cabeza lanuda”; y a sus ojos, tapados con esa lana que no los dejaba “mirar mucho”. También llamaron su atención los cuernos chicos y gordos; las nalgas y ancas “como de puerco”; las colas peladas con cerdas en la punta; las “manos hendidas”; la lana “como de cerdas”, que les nacía desde arriba de las rodillas y les llegaba a la juntura de la espaldilla, haciéndolos parecer, según él, “como chivatos cojudos”; y finalmente la manera que tenían esas “síbulas”, para embestir a la gente, que era “de medio lado como jabalíes y todas erizadas”.<sup>13</sup>



Alonso de León, fue nombrado gobernador de la provincia de Coahuila en 1687. Un año después, le informaron que en la otra

<sup>12</sup> “Diario de Fernando del Bosque, 1675”, en Esteban L. Portillo, *Apuntes para la historia antigua de Coahuila y Texas*, Saltillo, Coahuila, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, 1984, p. 95 [primera edición 1886]

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 96-98.

banda del río Grande había una ranchería con muchos “indios enemigos”, gobernados por un francés que se decía enviado de Dios para fundar pueblos y que hablaba muy bien la lengua de esos naturales que lo protegían y servían con mucha deferencia. Ante esa noticia, León organizó una expedición con 18 hombres para hacerlo prisionero y se pusieron en camino hacia la “provincia de los Tejas”, donde a 26 leguas del río –que pasaron por una parte donde el agua sólo les daba a la altura del estribo– se había entronizado ese solitario ex-miembro de la malhadada quinta y última expedición del caballero de La Salle por el río Mississippi.<sup>14</sup> Encontraron en el camino cerca de 500 indios matando cíbolos para hacer cecinas y fueron ellos los que les indicaron como llegar a la morada del galo, fabricada, por cierto, sólo “con cueros de cíbola”. Quedaron sorprendidos por los “trescientos indios” en formación de guardia que salieron a recibirlos, y por lo otros “cuarenta y dos”, que armados con arcos y flechas estaban de posta en la puerta. Más se asombraron con la limpieza del lugar y con encontrar, al fondo, tres asientos hechos con cuero de cíbola, “bien aderezados y peinados”, el de enmedio con grandes almohadas también de piel de esos animales, en el que reposaba el francés, flanqueado por dos indios “de los más principales”.<sup>15</sup>

Según Alonso de León, cuando dijo al susodicho que detrás de él venía una enorme retaguardia de españoles para trasladarlo al río Grande, “el enviado de Dios” mostró grande resistencia, mientras los indios se hincaban delante de él, lo abanicaban con plumas, le limpiaban el sudor y ahumaban la habitación con sebos de venado. Refirió también que por medio de regalos convenció a los indios de que se lo llevaban, porque el virrey y el arzobispo querían “hablarle, vestirle y regalarle”, y fue así como lograron subirlo a un caballo para ser conducido a San Francisco de Coahuila donde fue interrogado. Dijo ser cristiano y tener dos nombres: Francisco y Juan Géry –se le conocería más bien como Juan Jarri– y que se dedicaba a juntar naciones de indios para hacerlos sus amigos con la ayuda de los que ya estaban bajo sus dominio, los que asolaban y destruían a los que no querían unirse a él. Contó, asimismo, que en la región –la Bahía

<sup>14</sup> Ver el capítulo “Los franceses en el Septentrión de América y su representación del mundo salvaje”.

<sup>15</sup> “Entrada del conquistador Alonso de León”, en Esteban L. Portillo, *op. cit.*, p. 174-185. Este autor se basa en documentos del archivo de Saltillo, de los que hay copia en el Archivo de Indias.

del Espíritu Santo— se habían establecido muchos franceses desde hacía como quince años.<sup>16</sup>

Alonso de León hizo en marzo de 1689 una nueva expedición a dicha Bahía —había ido a buscar franceses entre 1685 y 1686 sin tener éxito— encontrando ahora, sin embargo, sólo ruinas y la suma de 200 libros en francés desparramados por el suelo, porque los indios de la costa habían realizado ese asalto, saqueo y muerte de aquellos colonizadores. Nos interesa señalar que de esta expedición de De León encontraron a lo largo de su camino de ida y vuelta el feliz alimento proporcionado por las muchas manadas de cibolos que todavía deambulaban en esa región en grande proporciones.



En el viaje a los Texas de 1689 acompañó al gobernador Alonso de León el franciscano mallorquín Damian Mazanet quien narraría los pormenores del trayecto y del triste fin de los franceses en una carta enviada a don Carlos de Sigüenza y Góngora, por entonces cosmógrafo real de la Nueva España. En esa misiva le dio cuenta, además, de una breve estancia que hizo en la ciudad de México, y de un nuevo viaje expedicionario a esa región al año siguiente —1690— que el religioso emprendió con muchos más compañeros de orden y con el mismo gobernador León, y que tenía por objeto ofrecer una cristianización permanente “más allá del río Grande”.<sup>17</sup> Fundaron entonces la misión de San Francisco de los Texas, en donde dejaron a varios misioneros y soldados. En el relato de Mazanet también aparecen, por supuesto, los cibolos en la vida cotidiana de los indios y en la de las necesidades alimentarias de los colonos y evangelizadores.

Según Mazanet, los indios que encontraban en su camino se escondían de ellos en los montes hasta que toparon un solitario campamento cuya sombra la producían varios cueros de cíbola ata-

<sup>16</sup> AGI, México, leg. 616, *Derrotero y Diario de la jornada que yo dicho general Alonso de León hice con la compañía de soldados contenidos en la lista de atrás, para ir a aprender al francés*.

<sup>17</sup> “Carta de fray Damián de Mazanet a su amigo Carlos de Sigüenza y Góngora”, sin fecha, Biblioteca Nacional de París, Colección Aubin, n. 167.

dos a los árboles, debajo de los que había mucha carne de cíbola seca y fresca y una fogata en la que se asaban “tres gallos de la tierra, más varias lenguas y ubres de cíbola”. Aunque recalcó el franciscano que no quitaron nada a los indios, sí probaron el asado, anotando a continuación “que estaban muy buenas, que parecían jamones”. Varios días después, otra vez con hambre, vieron a muchos indios texas que “habían venido a matar cíbolos”, y ahora sí, como se les habían acabado sus provisiones, decidieron llevarse toda la caza que ellos tenían y pudieron sostenerse por una larga temporada.<sup>18</sup>

La inquietud por conocer el Septentrión y por participar en “la conversión de los infieles”, la tenía Mazanet a partir de una carta que obraba en su poder y que trajo consigo de España. En ella se referían los pormenores de la “visita” de la madre María de Jesús de Ágreda a Nuevo México y a la Gran Quivira, que habría ocurrido entre 1620 y 1631, presencia y trabajo cristiano que fray Damián no ponía en duda y que lo había llevado a establecerse en Coahuila, desde donde, como lo he reseñado, salió en varias ocasiones a la provincia de los Texas. Damián de Mazanet regresó a Texas una vez más el año de 1691, acompañando al gobernador Domingo Terán de los Ríos, en una expedición de la que también dejó escrito un diario, mientras el segundo hacía un informe. En ambos textos se subraya la presencia de “muchedumbre de cíbolos”, tantos, que en un arroyo no se podía ver el líquido por la profusión de ellos que bebían de sus aguas. En otras zonas las manadas habían dejado secos los arroyos, si bien en los ríos grandes, en los que también había copiosidad de pescados, pastaban las “muchas cíbolos”, volviéndose estas dos palabras, las más empleadas a lo largo de estos testimonios.<sup>19</sup>

### *El reino de Tegwayo y las “vacas cimarronas”*

Cobraron vida, al final de ese siglo XVII, las leyendas sobre el “Gran Tegwayo”, que la imaginación de los conquistadores y cronistas situaba, asimismo, en Nuevo México. El franciscano Alonso de Pos-

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> AGN, *Provincias Internas*, “Diario del padre fray Damián Mazanet en su expedición misionera a Texas, 1691”, v. 82, f. 400-413, y AGI, *México*, leg. 617, “Expedición de Domingo Terán de los Ríos gobernador del reino y provincia de los Texas, 1691-1692”.

das, en un informe a Su Majestad, escribió que lo que los indios del norte nombraban el Teguayo y los mexicanos llamaban Copala, era “el lugar de donde habían salido todas las naciones que luego fundaron y poblaron ciudades más al sur”. Subrayó que no se debía confundir el reino de Teguayo con la gran Quivira, tal como hacían “muchos cosmógrafos y astrónomos”, y agregó que, de igual manera, había en el Teguayo “las vacas cimarronas que llaman cíbolos, que hacen tránsito de una a otra parte”.<sup>20</sup>



El siglo XVII finalizó con algunas referencias interesantes para esta historia de los bisontes en el continente americano. Juan Domínguez de Mendoza, en su expedición por Nuevo México en el año de 1684, registró que el número de bisontes era tan grande cerca del río San Clemente, “que sólo la Divina Majestad como maestra de todo [era] capaz de contarlos”.<sup>21</sup> Por su parte, hacia el año de 1697, el viajero italiano Juan Francisco Gemelli Careri escribía, a propósito de las cosas más notables de la Nueva España, un capítulo sobre las aves y otros animales, de los que dijo que “eran especiales del país los cíbolos”, que describió tan grandes como las “vacas”, y muy estimados por su pelo largo y suave.<sup>22</sup>

Por último, para el historiador hispano Juan de Villagutierre y Sotomayor –que por entonces ponía punto final en Madrid a su manuscrito sobre la historia de la conquista y de la ocupación de las provincias de Nuevo México– en esa región eran especiales las que llamó “vacas de Zíbola”. Como nunca las había visto, prefirió definir las a partir de la descripción que habían dado de ellas el conquistador Pedro de Castañeda y los cronistas Francisco López de Gómara y Antonio de Solís, perpetuando la idea de que parecían bueyes

<sup>20</sup> Real Academia de la Historia, Madrid, Colección Juan Bautista Muñoz, *Piezas correspondientes al orden real*, t. 3, MS 948/59, fray Alonso de Posadas, *Informe franciscano hecho a Su Majestad sobre las tierras de Nuevo Méjico*, 14 de marzo de 1686, f. 19.

<sup>21</sup> *Pichardo's Treatise on the limits of Louisiana and Texas*, Austin, The University of Texas Press, 1934, v. II, p. 337. El padre José Antonio Pichardo escribió su tratado entre los años de 1808 y 1812. Los manuscritos originales se encuentran en AGN, *Historia*, v. 541 a 548.

<sup>22</sup> Juan Francisco Gemelli Careri, *Las cosas más considerables vistas en la Nueva España*, México, Ediciones Xóchitl, 1946, p. 150.

“con algo de león y algo de camello”. Agregó, sin embargo, el viejo pensamiento de que se trataba de animales monstruosos y fieros, “que asustaban a los caballos, o por su mala catadura, o por la fealdad de su rostro”,<sup>23</sup> engrosando la lista de los que veían en esas extrañas y apetecibles vacas, una incómoda e innombrada manifestación del maligno, que creían asentado en esas tierras. La constante, a pesar de todo, seguirá siendo el reconocimiento de que el siglo terminaba, pero no los cíbolos, cuya abundancia, todavía, hacía imposible calcular su número, a pesar de que comenzaban a sentirse las ávidas prácticas de caza de los colonos, en las que se vieron involucradas las naciones indígenas que no imaginaban todavía los cambios de gran consecuencia que eso traería a su ecológico y religioso equilibrio ancestral.

<sup>23</sup> Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, Ms. 2822 y 2823, Juan de Villagutierre y Sotomayor, *Historia de la conquista, pérdida y restauración del reino y provincias de la Nueva México en la América Septentrional* (siglo XVII), 2 v.

